

tes é inverosímiles como el de *La ciencia española bajo la Inquisición*.


Y V., amigo mío, que estará ya cansado del fárrago presente, en que casi he excedido, á fuer de molesto, al Sr. Perojo, no le deje de la mano, sino cumpla y ejecute en él la justicia, como de V. se espera.



V.

LA « ANTONIANA MARGARITA » DE GÓMEZ PEREIRA.

Carta al Sr. D. Juan Valera, de la Academia Española.


 i docto amigo: A V., que es de los pocos y escogidos defensores del pensamiento nacional y castizo, enderezo esta carta, con el declarado propósito de arrimarla á buena sombra, y cubrir mis audacias (ya que pasa por atrevimiento nefando toda palabra de paz y de justicia hacia la antigua España) con el nombre y la amistad del escritor que hoy simboliza entre nosotros la alianza de la pureza clásica y de la gracia española. Mi voz tendría poca ó ninguna autoridad para que se leyeran y tomasen en alguna consideración mis escritos. Y casi estoy tentado á no firmarlos. V. sabe cómo he sido recibido en esta república de las letras, de ordinario

tan quieta y pacífica. Apenas dije algo en pro de la *ciencia española*, que me parecía y sigue pareciéndome la cosa más clara y evidente de la tierra, no hubo piedra ni palo que no se levantara contra mí. Unos me dijeron *soñador*; otros, *neo*; los de más allá, *erudito indigesto*, *falto de criterio y de ciencia*; no faltó quien supusiese caritativamente, que de los libros sólo conocía yo los tejuelos, *è così via discorrendo*. Todo esto y mucho más debía de merecer yo por mis pecados; pero como quiera que semejantes calificativos no daban luz grande, que digamos, sobre la cuestión debatida, claro está que no me convencieron ni por asomos. Contesté; replicaron; torné á contestar; respondieron, tomándose un año de tiempo para la respuesta; volví á la carga con un fárrago escrito de prisa en una posada veneciana, y hasta la fecha han callado, quién dice que *por desprecio*, quién que por esperar otro año.... ó dos, porque esos señores gustan sólo de escritos lamidos y limados.

Con tales y tan perversos antecedentes, necesario era que para asomar de nuevo la cabeza á ese escenario, donde basta ser español y cristiano viejo para ser recibido con silbidos y alharacas, buscase yo el amparo y patrocinio de un Mecenas como V., respetado y bien quisto de todas las banderías, y simpático en grado particular á mí y á todos los amantes de la cultura indígena. Porque V. ha dicho que la *historia de la filosofía española debe escribirse: que en la filosofía del Renacimiento, España disputa á Italia la*

*primacia, y casi la vence con Vives, Soto, Suárez, Gómez Pereira, Fox Morcillo, Servet, Sánchez, y tantos otros, sin olvidar á nuestros prodigiosos é inspirados místicos*¹. V. ha tenido valor para decir esto y otras cosas más, sin temor de desprestigiarse ni perder su envidiable fama, á la faz del Ateneo y demás centros de ciencia movediza y extranjerizada. Á V. tampoco le han de tener por sospechoso de *ultramontanismo* los nuevos apóstoles. V. será, pues, mi padrino en esta demanda.

De tiempo atrás es convicción mía que el principal obstáculo para que la idea de la filosofía española cunda y se propague (aparte de las preocupaciones anti-nacionales y anti-religiosas), es la rareza de nuestros libros, la lengua en que por lo general están escritos, y la pereza y falta de resolución que á mucha gente aparta de leerlos. V. lo dijo con su habitual gracia ante la Academia Española². Á unos les falta la paciencia del bibliófilo, y no leen los libros porque no los encuentran á mano, ó porque no quieren buscarlos ni gastarse en ellos buena cantidad de dineros. Á otros, por carestía de latinidad, les estorba lo negro. Los bibliófilos, que tanto podían ayudarnos, hacen coro con los enemigos de nuestra cultura, y cuando de reimprimir rarezas se trata, no salen de Celestinas y libros de *jineta*. Temiendo estoy que el mejor día nos obsequien con el *Libro de guisados* de Ruper-

¹ Prólogo á los *Estudios* de Laverde.

² Véase la contestación al discurso del Sr. Núñez de Arce.

to de Nola, obra de grande trascendencia; como que se refiere al llamado *arte útil*; que es, á no dudarlo, el mismo que los krausistas (séales la tierra ligera) mandaban estudiar en los Institutos, en el célebre plan de estudios de 3 de Junio de 1873.

Por todas estas causas y otras que fuera prolijo exponer, son contados los que toman en la mano un libro español de filosofía, aunque por otra parte no haya gran mérito ni dificultad en tomarle. Algunos salen del paso con decir que la filosofía española es un mito, *disimulando* (como decía Moratín de los despreciadores del teatro castellano) *con un desatino su ignorancia*¹. Otros (y de éstos soy, aunque indigno) procuran haber á las manos esos libracos y estudiarlos. Desde que supe (gracias á mi incomparable amigo Laverde, á quien corresponde la primera honra y prez en este campo) que había filósofos españoles y quiénes eran, tuve empeño en conocerlos un poco de cerca, y con tal mira he ido y voy reuniendo una coleccioncita de libros filosóficos españoles, donde no faltan algunas rarezas, y extractando, y copiando casi, en las bibliotecas públicas los que ni poseo ni tengo apenas esperanza de poseer nunca. Uno de estos es, por mi desdicha, la *Antoniana Margarita*, de la cual pudiera decir, parodiando á otro propósito unas palabras de Escalígero, que *en más estimaría poseer un ejemplar que ser rey de Celtiberia*².

¹ Prólogo á los *Orígenes del teatro*.

² Afortunadamente para mí, ya no puedo decir esto. Hoy

Pero aunque no la tengo (¡quiera Dios que algún día se me muestre de buen talante el numen que preside á las empresas bibliománicas!), la he leído entera dos veces, muy despacio, y con la pluma en la mano, y tengo de ella extractos bastante copiosos, en los cuales irá fundado este análisis, que no será (Dios mediante) el último que yo haga de libros de filósofos españoles. Discurramos, pues, familiarmente y sin aparato científico acerca de Gómez Pereira, y reciba V. este trabajo como leve muestra de mi gratitud y amistad, ya que (como decía Catulo):

« Tu solebas
meas esse aliquid putare nugas ».

Del autor se sabe poco; casi nada. Los dos diligentes historiadores de nuestra Medicina no han añadido cosa alguna á lo que de su libro resulta. Su nombre y su patria andan en controversia. Llámánle casi todos los que de él escriben *Antonio*: algunos extranjeros mal informados y de poca autoridad, y á su frente el abate Ladvocat, compendiador de Moreri, le apellidan *Jorge*¹. La verdad es que su nombre no fué *An-*

tengo en mi biblioteca, gracias al librero Quaritch de Londres, el más bello ejemplar que puede verse de la primera edición de la *Antoniana Margarita*, de las *Objecciones* de Miguel de Palacios, con la réplica de Gómez Pereira, y del tratado de este intitulado *Nova Veraque Medicina*.

(Nota de esta edición.)

¹ El *Jorge* debe de proceder de que algún extranjero vió escrito *G. Pereira*, y leyó *Georgius* en vez de *Gomelius*.

tonio ni Jorge, sino Gómez, y su apellido *Perera*; de la misma manera que se llamó *Gómez Arias* aquel mal caballero cuyas fechorías pusieron en las tablas Luis Vélez de Guevara y Calderón, y de la misma suerte que conocemos por *Gómez Manrique* al autor del *Regimiento de príncipes*: no siendo en ninguno de estos casos patronimico el *Gómez*, como no lo es en el caso de *Pereira*. Así lo indica la misma forma de latinización de su nombre: *Gometius Pereira*. Nicolás Antonio debió de pensar como yo en esta parte, y por eso colocó á nuestro filósofo en la letra *G* de su Diccionario, y no en la lista de los autores *nominis ignoti*.

Lo que se ignora de todo punto es su patria. El apellido *Pereira* ha inducido á muchos á suponerle, sin otra razón alguna, gallego ó portugués: el Jesuíta Ulloa, en un pasaje que citaré adelante, le llamó resueltamente, y en latín bastante macarrónico, *gallegus*; pero la verdad es que en sus libros, ni á Galicia ni á Portugal alude una sola vez, que yo sepa¹. Lo que de él consta, es que vivió y escribió en Medina del Campo, donde verosímilmente habría nacido, aunque sus padres ó abuelos procediesen de otra región de

¹ Pereiras había establecidos, desde el siglo xv, en Toro y Zamora, ciudades no lejanas de Medina. Procedían sin duda de aquellos Pereiras portugueses que tomaron partido por D. Juan I de Castilla, y combatieron á su lado en la batalla de Aljubarrota. De esta familia descendieron el protestante Juan de Ulloa Pereyra, penado en el Auto de Valladolid de 1559, y el poeta D. Luis de Ulloa Pereyra, autor de la *Raquel*, y gran amigo del conde-duque de Olivares.

España. Si es verdad, como ha dicho Fiorentino¹ en su biografía de Pomponazzi, que *un filósofo es ciudadano del pueblo donde piensa y escribe, como un guerrero toma nombre y patria de la bandera bajo la cual combate*, la gloria de Gómez Pereira pertenece sin duda á Medina, que por tal hijo será famosa é insigne entre las villas castellanas, más que por los recuerdos de su antigua prosperidad y de sus riquísimas ferias.

El padre de Gómez se llamó Antonio; su madre, Margarita: nombres que él mismo dejó registrados con piedad filial en el título de su obra maestra, y aun interrumpe en una ocasión el hilo de sus razonamientos para rogar cristianamente á sus lectores que encomienden á Dios el alma de sus padres.

La Providencia, que destinaba á Gómez Pereira al alto empleo de reformador científico del siglo xvi, le hizo nacer casi al mismo tiempo que dicho siglo: en 1500. En 1554, cuando publicó su obra, estaba próximo á cumplir los cincuenta y cuatro de su edad, como él mismo escribe en la dedicatoria: *Me in quinquagesimum quartum agentem annum*.

Estudió en Salamanca filosofía y medicina, inclinándose de preferencia, según discurro, al sistema de los nominalistas, que él transformó en sensualismo á la moderna. Los *Nominales* habían penetrado á fines del siglo xv, no sin oposición, en Salamanca, donde fué su primer co-

¹ Pietro Pomponazzi. *Studi Storici*: Firenze, 1868.

rifeo Alfonso de Córdoba. Sus discípulos llegaron á tener igual número de cátedras que los *reales* ó *realistas* ¹. Allí se explicaron las doctrinas de Gregorio de Rimini, las de Durando, y quizá las de Ockam, aunque por traer este nombre cierto sabor de heterodoxia no sonó tanto como los otros dos. Gómez Pereira los cita á todos, y es visible la influencia que en su ánimo y enseñanzas ejercieron, á pesar de la independencia de su carácter y de su marcada tendencia á la paradoja. Además de los autores nominalistas, estudió á Santo Tomás y á sus principales expositores; leyó todas las paráfrasis y comentarios averroístas, entonces tan en boga en la escuela de Padua; y aun penetró en la filosofía de los Padres de la Iglesia latina, haciendo mucho caudal de las doctrinas de San Agustín. Su libro muestra erudición copiosa, aunque no rara en los filósofos de aquel siglo. Su ciencia médica rayaba muy alto, según parece por el libro *De las fiebres*; y á esta ciencia reunía larga práctica, como lo manifiestan las copiosas observaciones

¹ «Extendióse por todas partes la fama de los filósofos y teólogos nominales que en la Universidad de París florecían, y porque al estudio de Salamanca no le faltase nada de lo que en otros había, enviaron ciertos hombres doctos á París para que con grandes salarios trajesen los más principales y famosos hombres que de los Nominales hallasen, y así trajeron personas de mucho nombre para leer Teología nominal, de que entonces se hizo una cátedra, en que se leía á Gregorio de Rimini y ahora á Durando, y para cuatro cursos de Lógica y Filosofía, dos por la orden de los nominales y dos de los reales por el modo y forma que en la Universidad de París se leían.» (Pedro Chacón, *Historia de la Universidad de Salamanca.*)

que en su libro trae, hechas, no sólo en Medina, sino también en Burgos, Segovia, Avila y otros pueblos de Castilla adonde se le llamó en consulta. El mismo Felipe II le hizo ir á la corte, para asistir al príncipe D. Carlos.

Gómez Pereira, sin ser en su latín rudo ni bárbaro, tampoco puede ser calificado de humanista. No había hecho con preferencia una educación literaria como Vives, Sepúlveda, Gouvea, Cardillo, Fox, Núñez y tantos otros pensadores sexcentistas. Habíase educado entre los gritos de la escuela: allí aguzó con la disputa su ingenio sutilísimo, y de allí tomó el arte de separar, distinguir y subdividir hasta lo infinito, robando á la escolástica sus propias armas para combatirla con ellas, y enriqueciendo á la nueva filosofía con los despojos de Egipto. Luce, sin embargo, cualidades de escritor en la *Antoniana*, á despecho de la prolijidad y falta de proporciones artísticas de tal libro, cortado á la continua por interminables digresiones y controversias, que apartan de la vista y de la memoria del leyente el principal asunto. Pero Gómez Pereira no se pierde nunca: cuando más distraído parecía, vuelve á tomar el hilo, y prosigue eslabonando consideraciones, á veces por largo rodeo, siempre con verdadero artificio lógico. ¡Lástima que estas cualidades externas de la obra hagan un tanto fatigosa su lectura! El latín no es mejor ni peor que el de los buenos escolásticos de entonces, Domingo de Soto, v. gr. Pero el autor no se dirigía á los humanistas,

sino á los médicos, filósofos y teólogos: así lo anuncia desde la portada.

Á falta de otras noticias acerca del carácter é ingenio de Gómez Pereira, de sus libros se deduce que era buen cristiano y buen hijo; pero en lo demás, hombre arrojado, impaciente de todo yugo, rebelde á toda autoridad no fundada en razón; amigo de ir contra la corriente, y de sacar á luz paradojas extrañas que asombraran á los nacidos; y al mismo tiempo observador sagaz, dialéctico agudísimo, hombre, en suma, de poderosas y no mal dirigidas facultades intelectuales.

Médico se titulaba de Medina del Campo, cuando en 1554 y 58 divulgó en aquella villa los dos volúmenes, hoy rarísimos, á que debe toda su fama. Titúlase el primero, cuyo rótulo copiaré exactamente para satisfacción de los bibliófilos:

« Antoniana Margarita, opus nempe Physicis, Medicis et Theologis non minus utile quam necessarium. Per Gometium Pereiram, medicum Metimnae Duelli, quae Hispanorum lingua Medina del Campo appellatur, nunc primum in lucem editum. Anno MDLIV, decima quarta die Mensis Augusti ».

Tiene 6 hojas no foliadas de preliminares, 832 columnas y 10 hojas más sin foliar, con las erratas é índices.

Al fin dice:

« Metymnae Campi excussum est hoc opus ex offi-

¹ Ostenta esta portada en la parte superior las armas del cardenal Silíceo, con el lema *Eximunt tangentia ignem*.

cina Chalcographica Guilielmi de Millis 1554.»

Esta primera edición es el colmo de la rareza. He tenido á la vista dos ejemplares de ella, perteneciente el uno á la Biblioteca de la Academia de Ciencias de Lisboa, y el otro á la Nacional de Bruselas, que lo adquirió con los demás libros del bibliófilo gantés Van Hulthem, amigo y discípulo de mi paisano La Serna Santander¹.

La segunda edición de la *Antoniana* se hizo en Francfort (si hemos de creer á N. Antonio), medio siglo después que la primera, en 1610. Pero yo jamás la he visto, ni encuentro otra noticia de ella.

La tercera es de Madrid, 1749, por Antonio Marin. La portada es idéntica á la de la edición antigua, excepto en el final.

« Ex integro correctâ in hac secunda editione. Tomus Primus. Cum licentia. Matrili, Ex Typographia Antonii Marin, anno MDCCXLIX. Tiene

¹ Otro ejemplar poseyó D. Anastasio Chinchilla, autor de los *Anales históricos de la Medicina Española*: hoy está, según creo, en la Biblioteca de San Carlos. Otro se conserva en la Universidad de Oviedo, según me informa el bibliotecario de aquella escuela. En tiempos antiguos, las dos obras de Gómez Pereira alcanzaban un valor exorbitante en el mercado: hay noticia de ejemplares enajenados en ventas públicas por 800, 1,000, 2,280 y 3,360 reales.

Este último precio es el del catálogo de Gaignat. Hoy las obras de Gómez Pereira han sufrido la suerte común de todos los libros científicos en lengua latina. El gusto de los aficionados ha tomado otros rumbos más floridos, y los libros del género de la *Antoniana*, aunque cada vez más estimados por razón de su contenido, han dejado de ser objeto de vana curiosidad, de especulación ó de lujo.

355 páginas, y se titula tomo primero, porque hace de segundo el otro tratado de Gómez Pereira, impreso por primera vez en 1558, y encabezado así:

«*Novae Veraeque Medicinae experimentis et evidentibus rationibus comprobatae per Gometium Peireiram Medicum*, etc. (lo demás igual que en el frontis de la *Antoniana*, excepto el nombre del impresor, que aquí es Francisco del Canto).

De este libro no sé que haya otra reimpresión que la de Marin, que hace juego con la *Antoniana*.

«*Nunc secundum in lucem edita: quae in hoc volumine tractantur elenchus versae paginae docebit. Tomus Secundus. Cum licentia. Matrili: Ex Typographia Antonii Marini, anno MDCCXLIX.*» 452 páginas. Con aprobaciones que para esta reimpresión dieron los PP. Aravaca y Gallo.

Este segundo libro tiene mucho interés médico, pero poco ó ninguno filosófico. Su objeto es combatir la doctrina de Galeno acerca de las fiebres, porque, á juicio de Pereira (hombre en todo de singulares opiniones y *nullius addictus jurare in verba magistri*), el médico de Pérgamo ignoró las causas, esencia y especies de la fiebre, y con su *ignorancia* causó irremediables daños á las sucesivas generaciones, que le tuvieron por luz y espejo de la Medicina.

Gómez Pereira era enemigo nato del principio de autoridad en todas las esferas de la ciencia. Para él, en las cosas físicas no hay más autoridad que el experimento. Morejón le considera

como el patriarca de los anti-galenistas. Nuestros médicos helenistas del siglo xvi habían enterrado la medicina de los árabes bajo el peso de sus dicterios. Gómez Pereira llega mucho más allá: no era él hombre que trocarse una servidumbre por otra. Aplica á Galeno la misma medida que aplicaban Laguna ó Vallés á Avenzoar, á Rasis, á Avicena y á Averroes. Sostiene contra los aristotélicos que el calor febril no se diferencia del natural por la especie, sino por el grado de intensidad; y rechazando la doctrina de la putrefacción de los humores, se adelanta cien años á Sydenham en echar á volar la hipótesis de que la fiebre es un esfuerzo de la naturaleza para restablecer el equilibrio de la salud¹:

Los inteligentes conceden gran valor histórico á las observaciones clínicas de Gómez Pereira sobre la lepra y la elefantiasis, sobre las lesiones locales, sobre las fiebres intermitentes ó, como entonces se decía, *interpoladas*, sobre la calentura lenta hética, sobre el tífus y las viruelas. Aun á los profanos no deja de sorprenderles agrada-

¹ Véanse las palabras textuales de Gómez Pereira, ya recordadas oportunamente por entrambos historiadores de nuestra Medicina: «*Febrem non in alium usum natura gignit, quam ut per ejus vim superflua quae corpus humanum male afficiunt, diffluentur, aut concoquantur et concocta per sensibiles corporis meatus patentissimos redditus per febrilem calorem excernantur et alia naturae humanae incommoda resarciantur.*»

No faltan en la Nueva y verdadera Medicina algunas ideas de carácter filosófico omitidas en la *Antoniana*. Entre ellas cuento una extraña teoría sobre la animación del feto. Según nuestro autor, primero se imprime el alma vegetativa, luego la sensitiva, y finalmente la racional. (Col. 364 de la primera edición.)

blemente la sencillez de sus planes terapéuticos, viva antítesis del bárbaro y pedantesco tratamiento aconsejado por los doctores Sangrados de entonces. Otra de sus ideas más arrojadas y originales consiste en negar la transmisión del contagio por medio del aire.

Morejón, arrebatado por el furor apologético, quiere encontrar en Gómez Pereira hasta los fundamentos del vitalismo de Stalh. Yo no he tenido tanta suerte, y á la verdad hubiera sido extrañísimo caso encontrar vitalismo de ninguna clase en un hombre que suponía á los brutos meros autómatas, que atribuía todas sus operaciones á fuerzas mecánicas, y que, por lo tocante al hombre, establecía una separación todavía más profunda que Descartes entre las operaciones de la materia y las del espíritu. Bástale á Gómez Pereira, para su gloria como médico, haber roto el primero las cadenas del galenismo, y haber leído, ó deletreado á lo menos, pero directamente y por sí mismo, algunas páginas en el gran libro de la naturaleza.

Pero dejando este punto para que los inteligentes le discutan, y sentencien si en los descubrimientos del terapéutico de Medina, y en los de Doña Oliva Sabuco de Nantes, que levantó asimismo bandera contra Galeno, hay (como parece) ideas, al par que atrevidas y originales, útiles y basadas en larga experiencia, cerremos nosotros esta parte bibliográfica, haciendo constar la inusitada escasez de la última edición de la *Antoniana* y de la *Vera Medi-*

cina. Dada su fecha, relativamente moderna, debía de abundar, y, sin embargo, es casi tan peregrina como las dos anteriores. He visto un ejemplar de ella en la Biblioteca de la referida Academia de Ciencias, y sé que existen dos en la del Colegio de San Carlos de Madrid, y otros en las Universidades de Oviedo y Salamanca ¹.

A la vuelta de la primera hoja de la *Antoniana* hay un *Elenchus* ó resumen de las materias de la obra, especie de hilo de Ariadna, muy útil para no perderse en aquel laberinto de cuestiones incidentales. La dedicatoria es á Nuestro Señor Jesucristo, y ni aun así pudo contener el autor su índole satírica y desenfadada. Una de las razones que aduce para dar tan santa nuncupación á su libro, es la siguiente: «Muchas veces tropiezo con libros de antiguos escritores, conservados y tenidos en no poca estima, aunque su utilidad sea ninguna y su lección nada tenga de deleitosa. Lo cual atribuyo á la piedad de sus autores, por cuyos méritos concedióles Dios que sus obras durasen largas edades, al paso que se perdieron las de otros autores mucho más doctos pero impíos».

En pos de esta dedicatoria viene una carta al cardenal arzobispo de Toledo D. Juan Martínez Guijarro, alias *Siliceo*, á quien se muestra muy agradecido, no sin indicarle que fué su intención primera ofrecerle la obra, pero que luego lo pen-

¹ También la Biblioteca Nacional de París posee las dos ediciones de la *Antoniana*, según me avisa Morel-Fatio.

só mejor y la enderezó al Rey de los reyes y Señor de los señores.

Una breve advertencia informa á los lectores de la *razón del título de la obra*, que no se llama *Paradojas*, para que el rótulo no parezca soberbio: y otro prólogo, algo más extenso, muestra el fin y propósito del autor en la composición del tratado. Su profesión de fe filosófica no puede ser más explícita: «Sabed (dice) que sólo el celo de la verdad me mueve á divulgar esta obra y muchas otras que irán saliendo (si Dios quiere), unas especulativas, otras de medicina práctica, tan útiles como nuevas y singulares. Porque yo comencé á dudar de muchas opiniones que médicos y filósofos tenían por indubitables y seguras: probélas en la piedra de toque de la experiencia, y resultaron falsas: al paso que mis doctrinas, confirmadas primero por la razón y luego por el éxito, más y más se arraigaron en mi ánimo¹. Entonces deliberé dar á la estampa estas primicias de mi labor, para que, difundidas por toda Europa (si no me engaña el amor propio), sean como nuncios de la verdad que sustentó. «Hablaré de cosas que nadie ha dicho» ni escrito antes que yo. En no tratándose de «cosas de religión, no me rendiré al parecer y «sentencia de ningún filósofo, si no está fundado en razón. En lo que atañe á la especulación

¹ «Quam in re medica exequens adeo prospere et ad votum quae ratus fueram contingebant, ut dein plus eventibus nostra opinio roboraretur quam prioribus rationibus esset fulta. Quo firmior in decretis propriis effectus», etc., etc.

» y no á la fe, debemos despreciar toda autoridad. La razón sola es la que puede inclinar el entendimiento á una parte ó á otra¹.»

Como ve V., Gómez Pereira es *racionalista* en el buen sentido de la palabra, y no tomada *in malam partem*, según ahora hacemos: es *pensador independiente* y *ciudadano libre de la república de las letras*, al modo de muchos otros filósofos nuestros. Dice, como Vives, de quien en línea recta descende: «Tanta fe se me conceda, cuanto mi razón persuada. Tomaré mis argumentos de la naturaleza, no de los sagrados libros, porque no es lícito el tránsito de la Filosofía á la Teología²».

También Vives juzgaba cosa mala y dañosa *auctoritate sola acquiescere et fide semper aliena accipere omnia*, y repetía con Séneca: *Patet omnibus veritas, nondum est occupata. Multum ex illa etiam futuris relicta est*. «No quiero (dice en otra parte) que se me compare con los antiguos, sino que se pesen sus razones y las mías...., ni deseo

¹ «Audebo in his disserere quae nullus ante nos nec scriptis nec verbis protulit.... Prius vos moneo me nullius quantumvis gravis auctoris sententiam recepturum, dum de religione non agitur, sed tantum rationibus innixurum.... In rebus quae speculationi et non fidei attinent, auctoritatem quamlibet contemendam.... Rationes enim sunt quibus intellectus potius in unam quam in aliam partem labitur duciturque.»

² «Tantum mihi habeatur fidei quantum ratio mea evicerit.... Ideoque rationes attuli petitas ex natura, non e divinis oraculis, ne ex Philosophia in Theologiam transirem.» *Praefatio* á los libros *De disciplinis*. Poseo cuatro ediciones: la de Lyon, 1551; la de Basilea, 1555; la de Leyden, 1636, y la de Nápoles, 1764: prueba evidente de lo conocida y estimada que fue siempre y en todas partes la doctrina del filósofo valenciano.

ser autor ó fautor de ninguna secta; ni quiero que nadie jure en mis palabras ó sistemáticamente me siga. Si encontráis algo de verdad en mis escritos, seguidlo y defendedlo, no por ser mío, sino por ser verdadero. No rompáis lanzas en mi defensa....; sed discípulos y secuaces de la verdad donde quiera que la encontréis ¹.»
 ¡Cómo había de sospechar Vives que precisamente por su independencía y manifiesto propósito de filosofar con libertad, habían de negarle algunos hasta la cualidad de filósofo, fundados en que *no formó escuela!* Efugio pobre y miserable á todas luces. Pues qué, ¿no fundó la mejor y más amplia escuela, la del *pensamiento libre?* ¿Qué otra cosa es lo que yo he llamado y sigo llamando *vivismo?* Como Vives y Gómez Pereira pensaba el Brocense cuando pronunció aquellas memorables palabras registradas en su proceso: «que en cuanto á las cosas que son artículo de fe, él siempre tenía captivado el entendimiento á la obediencia de la fe, pero que en las otras cosas que no lo eran, no quería captivar su entendimiento, sino interpretar conforme á lo que ha estudiado, y que lo mismo hacía con los autores antiguos, porque á Platón y á

¹ «Neque vero ipse me aequari antiquis illis postulo, sed rationes eorum comparari cum meis.... Nolim quemquam se mihi addicere, nec autor nunquam sectae nec suasor ero, etiam si in mea verba jurandum sit. Si quid vobis, o amici, recte videbor admonere, tuemini illud quia verum, non quia meum. Nam pro me digladiari nec proderit mihi et oberit vobis.... veritatis sectatores, ubicumque eam esse putabitis, ab illa state.» (Prefacio citado.)

»Aristóteles, si no es que le convenciesen con razón, no quería creerlos, y así tenía escrito
 »contra ellos; y que cuando comenzó á estudiar
 »Súmulas, á las tres ó cuatro lecciones dijo:
 »juro á Dios y á esta cruz, de no creeros palabra que me digáis... y que así tenía por malo
 »creer á los maestros, porque para que uno sepa,
 »es necesario no creerles, sino ver lo que dicen,
 »como Euclides y otros maestros de matemáticas, que no piden que los crean, sino que con
 »la razón y evidencia entiendan lo que dicen ¹».

En lo cual, si bien se mira, no hacía Francisco Sánchez más que glosar lo que había dicho en el tratado *De los errores de Porfirio* ² al combatir la máxima *Oportet addiscentem credere: «Mibi certe divinitus arbitror contigisse, ut per totum triennium quo Philosophicis studiis impenditur opera, magistris meis nunquam aliquid assentirem».* («Fué, sin duda, providencia divina, que en los tres años que estudié Filosofía, nunca pudiera yo estar conforme con nada de lo que me enseñaron mis maestros.») Y en la obra admirable donde formuló por primera vez, con aplicación á la lengua latina, las leyes de la filosofía del lenguaje, no se hartó de encarecer el daño que resultaba de no investigar las causas y las razones, y contentarse con ver por ajenos ojos y oír por ajenos oídos ³. «Muchas cosas se ocul-

¹ Colección de documentos inéditos, tomo II, *Proceso del Brocense*.

² Tomo I de sus obras, edición de Ginebra, pág. 453.

³ «Itaque nisi te totum inquisitioni tradideris, nisi artis

»taron á Platón, que luego descubrió Aristóteles : muchas ignoró éste, que fueron después »sabidas, porque la verdad está oculta, pero »nada hay más precioso que la verdad.»

No de otra manera pensaba Sebastián Fox Morcillo cuando, al frente de su áureo libro *De naturae philosophia seu de Platonis et Aristotelis consensione*, escribía: «El método que siempre me propuse en mis estudios y escritos filosóficos fué no seguir por sistema á ningún maestro, sino abrazar y defender lo que me parecía más probable, ya viniese de Platón, ya de Aristóteles, ya de cualquier otro. No dudo que esta manera de filosofar desagradará á hombres divididos en varias sectas y pertinacísimos en defenderlas; pero juzgo que el amor de la verdad debe anteponerse á toda autoridad y respeto humanos. Yo sólo doy fe á los testimonios divinos, y á los de la Iglesia católica, y los acato y defiendiendo en todo como infalibles y eternos oráculos¹». *Eam enim semper rationem inire in studiis meis vel scriptis decrevi, ut nullius in verba auctoris jurare velim, sed quae mihi magis probabilia videantur, ea maxime complectar, sive ab Aristotele, sive a Platone, sive a quovis alio dicatur: quae vero*

tuae quam tractas, causas rationesque probe fueris perscrutatus, crede te alienis oculis videre, alienisque auribus audire.» (*Minerva*, pág. 2: edición de Ginebra, 1789.)

¹ *Sebast. Foxii Morcillii, Hispalensis, De naturae philosophia*. He cotejado dos ediciones de este libro; la una de Lovaina, 1554; la otra de París, 1560.

Después he adquirido la de Witemberg, 1593, que no encuentro citada por los bibliógrafos.

minus probabilia, rejiciam. Hoc sane philosophandi genus quamvis multis qui ut varias sectas adamarunt, ita pugnacissime tuentur, displicere, adeoque in varias reprehensiones incurrere me posse non dubito, tamen.... anteponendum est studium veritatis opinioni de alterius auctoritate temere sumptae. Nos tantum divinis et Ecclesiae catholicae testimoniis fidem adhibemus, eaque tanquam certa et stabilia oracula amplectimur et tuemur.)

En el tratado de *Studii philosophici ratione*¹ señala Fox, como una de las principales fuentes de error, el *jurare in verba magistri*, y adherirse á un sistema. Y tan allá lleva el filósofo hispalense este principio, á pesar de sus tendencias platónico-aristotélicas, que en el tratado *De demonstratione ejusque necessitate ac vi*², quizá el más original de todos los suyos, anuncia que prescindirá de todo lo que halló escrito, guiándose sólo por sus propias observaciones, basadas muchas de ellas en el estudio de las matemáticas.

Esta tendencia crítica se extrema en manos del Hipócrates complutense, Francisco Vallés, que juzgó necesario, para no caer en error, «dudar de todo, hasta de lo más probable»³. «*Necesse est ut in rationum investigatione.... etiam de his quae sibi videntur probabilissima, nisi se ipsos velint fallere (homines) dubitent*, á pesar de lo cual,

¹ Ed. de Leyden, 1621.

² Ed. de Basilea, por Juan Oporino, 1556.

³ *Philosophia Sacra: de iis quae scripta sunt physice in libris sacris*, cap. LXIV. (Ed. de Turin, 1587.)

Vallés dista mucho de ser escéptico, dado que admite las verdades *per se notas*, con todas sus consecuencias, siempre que tengan aquella *evidencia* matemática que el Brocense pedía. En cuanto al conocimiento de las cosas sensibles, no pasa de *opinión* más ó menos probable, y ni hay ni puede haber verdadera ciencia física ¹.

De tales doctrinas al escepticismo puro y neto no había mucho camino, y de cierto le anduvo el médico portugués Francisco Sánchez, cuyo agudo é ingenioso libro *De multum nobili, prima et universali scientia quod nihil scitur* ², conoce V. sobradamente. Pero justo será advertir que la ciencia que Sánchez principalmente ataca es la de su tiempo, no la ciencia en general, sobre cuyo método ofrece escribir un tratado: *Interim nos ad res examinandas accingentes, an aliquid scitur et quomodo, libello alio praeponemus, quo methodum sciendi, quantum fragilitas humana patietur, exponemus*. Pero como este libro falta, y sólo queda el de las dudas y objeciones, de aquí que el nombre de Sánchez aparezca en pri-

¹ «Materialium vero notitia cum pertineat ad sensum, non potest ultra opinionem procedere.» (Pág. 478 de la *Sacra Philosophia*.)

Por eso ha dicho con razón Fr. Zeferino González que Vallés admite la tesis dogmática, pero con restricciones y reservas escépticas. (Nota de esta edición.)

² Este libro se imprimió por vez primera en 1577. La edición que yo tengo es de Francfort, 1618, *sumptibus Joannis Berneri Bibliopolae*. Está además incluido en la colección completa de las obras de Sánchez. *Francisci Sanchez Opera Medica. His juncti sunt tractatus quidam Philosophiae. Tolosae Tecosagum*, 1636, 4.º

mera línea entre los escépticos. Acaso acertaría más el que le considerase como precursor del criticismo kantiano.

Con audacia no menor, aunque con tendencias empíricas en vez de escépticas, mostraron igual desprecio de la tradición Doña Oliva Sabuco de Nantes en su *Nueva filosofía de la naturaleza del hombre*, y Juan Huarte de San Juan en su conocido *Examen de ingenios*. Á juicio de la doctora de Alcaráz, los antiguos se habían dejado intacta la filosofía que ella daba á luz, «con ser la verdadera, mejor y de más fruto para el hombre. Y el que no la entendiere ni comprendiere (dice en otra parte) déjela para los otros y para los venideros, ó crea á la experiencia y no á ella» ¹. La experiencia es para Huarte, lo mismo que para Doña Oliva, la piedra de toque de todo conocimiento.

Estas citas, á las cuales fácilmente pudieran añadirse muchas, así de *aristotélicos clásicos* como de *ramistas*, *escépticos*, etc., bastan, según entiendo, para establecer cierta manera de conformidad en cuanto á independencia filosófica entre nuestros pensadores no escolásticos del siglo xvi. El influjo de Vives es, en mi juicio, la causa inmediata de esta dirección. Por lo demás, cada autor, según las particulares aficiones de su espíritu, escogió diverso criterio de verdad, inclinándose unos á la experiencia, otros

¹ Prólogo al lector.—Carta dedicatoria á Felipe II, en la *Nueva Filosofía*, ediciones del Dr. Martin Martínez y de D. Ildefonso Martínez.